

Psicología y desarrollo humano

**Comunicación y lenguaje**  
**Hna. Virginia Isingrini**  
**Misionera Xaveriana y psicoterapeuta**

**Comunicación «técnica»**

El filósofo Martin Heidegger, en su libro sobre el habla, afirma que el hombre no sería tal sin la palabra. Asimismo, tampoco existiría el mundo si no existiera el habla humana (De camino al habla, Odós, Barcelona 1987).

¿Qué significa ‘hablar’? Según la opinión corriente, es la acción de los órganos de fonación y de audición. El Diccionario del pensamiento contemporáneo afirma que con el término lenguaje se hace referencia «a una actividad guiada por un sistema de signos combinados entre sí por ciertas reglas. El lenguaje es la actividad específica de los individuos cuando hablan y escriben».

A raíz de estas definiciones, según Heidegger, en Occidente ha prevalecido una visión de las palabras como signos que manifiestan, que remiten a algún contenido o concepto. De esa forma, se ha reducido la palabra a algo funcional, como un instrumento que permite dar nombre a las cosas.

El pensamiento actual es fuertemente representativo, y obtiene su forma del cálculo técnico y científico. Por lo tanto, nos es difícil detenernos y contemplar el prodigio de la palabra en cuanto tal, por estar tan acostumbrados a considerar «reales» y «provechosos» únicamente los hechos.

¿Qué significa, entonces, ‘nombrar’, y qué es un ‘nombre’? Según Heidegger, nos hemos vuelto negligentes y calculadores en la comprensión y uso de los signos. Hablar, dar nombres, indicar objetos y hechos, va más allá de una simple capacidad descriptiva. Sin la palabra, las cosas no serían cosas: al ser nombradas, las cosas son invocadas para ser cosas. Sin esta función creadora, por así decirlo, del hombre, la realidad tanto interna como externa, el «objeto» en términos psicológicos, quedaría sin vida, porque no tendría ningún receptor capaz de acogerlo y definirlo. Sin la palabra, entonces, la realidad no estaría presente ante la persona humana. A su vez, sin esta capacidad el hombre no sería tal, porque cada facultad y actividad suyas están forjadas para acoger el mundo, para entrar en relación con aquello que no es él mismo.

Se da por lo tanto una interacción entre el sujeto y el objeto, entre la persona y el mundo, entre el ‘yo’ y todo lo que no es yo, entre el yo y el otro/Otro.

Aquello que no se identifica conmigo mismo es captado, visto, percibido y, de alguna manera, también interpretado. No es simplemente un «dato», algo externo, que al ser nombrado es clasificado, identificado como tal. Decir, por ejemplo, «mi casa», no significa sólo reconocer que esta estructura de ladrillos con ciertas características es el lugar donde yo vivo. El camino para llegar a pronunciar este nombre, «mi casa», es largo como nuestra existencia. A través de él fuimos reuniendo diferentes elementos para construir en nuestra memoria, en nuestro pensamiento y sentimiento, toda una serie de significados que rebasan con mucho la simple identificación de un objeto. Ningún dato se agota en una simple noción, en un concepto abstracto que lo define en su esencia; sino que muy pronto en nuestra vida fue captado e interpretado, cargado de significados y resonancias tanto

cognoscitivas como afectivas que fueron cuajando en la expresión «mi casa» que al ser pronunciada da vida a aquella realidad, la transforma en algo vivo, presente ante nuestro pensamiento como ante nuestras emociones y voluntad.

El lenguaje no solamente moldea la conciencia que se va desarrollando, sino que estructura también el mundo que rodea al sujeto. «Por el lenguaje el hombre recrea el mundo –asevera Schökel–; recreando y poniendo orden, se manifiesta a sí mismo... En la palabra se comunica la persona, no sólo el concepto ni solamente la imagen, ni solamente el sentimiento. Ni estos elementos yuxtapuestos, sino simplemente fundidos en una misteriosa y compleja síntesis» (La formación del estilo, Sal Terrae, Salamanca 1962).

### **El lenguaje como ‘símbolo’**

Para intentar una definición del lenguaje, podemos remontarnos al texto clásico de Aristóteles a partir del cual se hace visible la estructura a la que pertenece el habla en tanto que fonación vocal: «Lo que tiene lugar en la fonación de la voz (articulación de los sonidos), es símbolo de aquello que le acontece al alma como padecimientos, y lo escrito (es) símbolo de los sonidos vocales. Pues del mismo modo que la escritura no es la misma para todos, así tampoco son iguales los sonidos vocales. Pero de lo que éstos (sonidos y letras escritas) son principalmente signos, éstos son los mismos padecimientos del alma para todos los hombres y las cosas de las cuales éstos (los padecimientos) configuran las imágenes, son asimismo los mismos».

Aristóteles parece partir del lenguaje ya constituido y, por ende, de la diversidad entre las lenguas y las escrituras. Describe una serie lineal de relaciones según la cual los signos gráficos remiten a las palabras, éstas expresan los ‘padecimientos’ o ‘afectos’, los cuales, a su vez, son imagen de las cosas: afectos y cosas, a diferencia de la escritura y del lenguaje, son las mismas para todos.

Mientras resulta claro que tanto los lenguajes como las escrituras son muy distintos entre sí, no lo es demostrar que los afectos y las cosas son idénticos para todos los hombres. Si hay algo que resalta la individualidad, es exactamente el tipo de afectos que puede suscitar una misma realidad. Por lo tanto, es difícil considerar los afectos y las cosas como la base para la comprensión recíproca.

La diferencia entre los lenguajes o idiomas, no significa que sean totalmente extraños entre ellos. De ser así, resultaría imposible cualquier traducción. En efecto, ¿cómo es posible descifrar una lengua diferente a la nuestra? No es suficiente reconocer la relación entre ciertos sonidos y signos, esto todavía no nos permite comprender un idioma; es preciso tener algo o alguien que nos indique la correspondencia entre los signos y la vida, entre el lenguaje y la manera de actuar.

Siempre quedando dentro de los términos con que Aristóteles plantea esta problemática, podemos afirmar que un lenguaje es traducible gracias a algo que permanece idéntico en el cambiar de las formas expresivas. Este carácter de ‘traducibilidad’ debe ser algo ya inherente al lenguaje mismo, algo que es parte de su esencia y que precede su elaboración concreta. Pero, ¿de dónde le deriva esa posibilidad, si vimos que es muy difícil demostrar que las cosas y los afectos son idénticos para todo el mundo? ¿Es algo que el lenguaje posee por sí mismo o en virtud de otra cosa? Para llegar a cualquier correspondencia, al decir por ejemplo, que la palabra española ‘mesa’ quiere significar lo mismo que *table* en inglés, implica estar ya en comunicación, estar en la posibilidad de acoger o corregir algo

como signo de otra cosa. En otras palabras: hay que poseer ya la condición del nexo que liga los afectos palabras cosas, gracias a algo que precede la interpretación y la traducción. El lenguaje, entendido como 'voz', lanza un puente, de un lado, con los afectos del alma, y del otro con las letras escritas. Proporciona así un nexo para la identificación y se convierte en símbolo. Cuando, por el contrario, el lenguaje es asumido autónomamente, en su relativa independencia de las cosas y de los afectos, entonces se manifiesta en la diversidad de los idiomas y de las escrituras, y se hace signo.

Se pueden entonces distinguir dos niveles de comunicación:

- a) El nivel hecho posible por la convención (escritura, signos, etcétera).
- b) el nivel de la comunicación que hace posible el convenir, es decir, lo que está antes de la elaboración de los signos concretos de un idioma.

En ese segundo sentido, los afectos y las cosas pueden ser reconocidos como tales gracias al lenguaje, llegar a ser lo que son gracias a la palabra que los manifiesta y les da vida.

Por lo tanto, lo que es idéntico en cada hombre no son primeramente las cosas o los afectos, sino la disposición para acogerlas, es decir, su apertura al mundo (al objeto), y la susceptibilidad de las cosas para ser acogidas por el ser humano. Este puente, esta conexión, constituye la función simbólica (literalmente: juntar, conectar) del lenguaje, su base natural.